

Por tierras de secano.

Vida pueblerina.

El tren avanzaba con rápida marcha, dejando atrás llanuras desprovistas de accidentes que interrumpieran la monotonía del paisaje; a lo lejos se divisaban confusamente algunas lucecillas que indicaban la proximidad de la estación en que yo había de apearme.

El silbato de la máquina dejóse oír sonoro y prolongado desvaneciéndose, perdiéndose el sonido, en la lejanía del horizonte; el tren entraba en agujas y pedía freno para moderar la marcha, sonó el *trac-trac* de las planchas de la plataforma; llegó al andén y se detuvo.

Varios empleados con gorra galoneada y farolillo en mano, recorrían de un lado para otro, a la vez que la voz del mozo de servicio anunciaba el nombre de la estación. Recogí mi portamantas, descendí del vagón, y las vigorosas manos de Francisco estrecharon efusivamente las mías; en tanto el criado que le acompañaba fué recogiendo mis maletas, nosotros penetramos en la cantina a tomar un vaso de café bien caliente que a prevención había hecho preparar Francisco; era preciso entrar en calor para la caminata de más de cuatro horas que habíamos de emprender, en un carruaje con pretensiones de tartana, cuya comodidad y abrigo resultaban bastante deficientes; una vez colocados, el criado animó la mula y emprendimos la marcha hacia el pueblecillo en que vivía Francisco.

Empezaba a amanecer; el frío se dejaba sentir bastante, pues estábamos a mediados de Noviembre y la escarcha brillaba sobre la tierra resquebrajada en fuerza de estar seca; hacía mucho tiempo que no había llovido y esto constituía la preocupación de los habitantes de aquella comarca, según me iba refiriendo Francisco acompañando su relato con los vaivenes y traqueteos del carruaje.

La campiña desolada que cruzábamos, trajo a mi memoria la descripción que hizo en una de sus obras el sabio profesor, que fué, D. Félix Sánchez Casado, al tratar de la región meridional de Castilla la Nueva, que los árabes llamaron la Mancha, esto es, *tierra seca*, y que comprende parte de las provincias de Toledo, Cuenca, Albacete y Ciudad-Real.

«Largas distancias y vastas soledades de población en po-

blación, de las cuales se divisa a lo lejos la torre parroquial; rústicos villorrios con casas de tierra de color ceniciento o pardo, análogo al semblante y traje de sus moradores, ausencia de árboles que den verdor y de aguas que rieguen y fertilicen los campos.»

Tristes y pobres regiones que dejan sus siembras a merced de que el cielo piadoso les envíe lluvias bienhechoras, y por falta de ellas, se malogran muchos años sus cosechas.

Hemos llegado al pequeño lugar en que residía Francisco, y confieso que al apearme del carruaje, me fué muy simpático el recibimiento que me hicieron su esposa, los parientes, y algunos vecinos, que noticiosos de mi llegada se apresuraron a saludarme y a interesarse por mi salud.

Sabían que el motivo de mi viaje era pasar unos días para reponerme de fatigas intelectuales y descansar, al lado de Francisco y su esposa María Juana, que habían servido cuando jóvenes en casa de mis abuelos y de allí salieron para casarse y establecerse en aquel pueblecillo donde tenían algunos bienes que constituían un *mediano pasar*; acepté gustoso el ofrecimiento que con el mayor cariño me hicieron; iríamos de caza, respiraríamos aire del campo y bañaría mi cuerpo en los esplendentes rayos del sol; en una palabra, tendría más salud, mejor color y un buen apetito y alimentación muy nutritiva; adquiriría robustez y energías corporales.

Al mediodía nos pusimos a comer, y la limpia y habilidosa María Juana nos presentó un succulento arroz con tropezones de jamón; el cocido con su correspondiente morcilla (hacía pocos días que habían hecho la matanza) y de principio unos chorizos fritos con tostadas de pan; luego, de postre, nueces y manzanas, con más unos dulces que a prevención había yo traído en mi maleta; todo ello rociado con algún traguillo de lo tinto, recién subido de la cueva; no hay por qué decir que comí muy a gusto y que después, con el cigarro en la boca, fuimos Francisco y yo recorriendo la casa para que me enterase de todo.

En las cámaras había abundosos trojes de trigo y cebada, en las vigas del techo colgaban oreándose hermosos pernils del cerdo sacrificado aquel año, con más, dos jamones de el del